

Agustín Álvarez Villablanca

En busca de la divinidad

(Ensayo de interpretación de «El Fausto» de Goethe)



UNA interpretación exhaustiva de «El Fausto» de Goethe es una empresa que nadie ha logrado realizar con éxito hasta ahora. En el contenido profundo de una obra poética hay que adentrarse, más que con las armas del intelecto puro, con la capacidad de comprensión intuitiva, si así pudiéramos decir, de las verdades espirituales que contiene.

Es así como «El Fausto» sólo puede ser comprendido tratando de colocarse en el espíritu mismo en que fué escrito. Desde luego, no se trata de una mera ficción poética. «El Fausto» es algo más que un poema; resume en sus versos las inquietudes filosóficas, religiosas, científicas y artísticas de un hombre genial y de una época ubicada en la transición de uno de los más intensos e interesantes momentos históricos de la humanidad.

«Fausto» es la obra de toda una vida. Goethe y Fausto peregrinaron juntos a lo largo de sesenta años y ambos se encaminaron juntos hacia la eternidad. Cuando en 1831 escribía el poeta los últimos versos de su obra inmortal, pudo expresar con justicia: «Puedo mirar, desde ahora, mi vida futura como un mero

obsequio y, en el fondo, me es absolutamente indiferente lo que en adelante haga y cómo lo haga».

«El Fausto» es el resumen de las vivencias íntimas de la rica vida del poeta, quien estaba tan estrechamente ligado a su obra, que podría considerárseles como el verdadero comentador de ella. Así como Fausto, Goethe aspiró durante toda su vida a la verdad, al bien y a la belleza. ¡He aquí la epopeya eterna del hombre, la fuerza impulsora de las más grandes acciones, el origen de las más grandiosas obras de la humanidad! En este sentido, «El Fausto» es una epopeya universal que nos introduce en todas las profundidades y nos eleva a todas las alturas de la vida, que nos arrastra por los más bajos fondos de la existencia terrenal, nos pasea por las amplitudes del cielo y nos precipita en las atormentadoras simas del infierno.

Pero en esta vorágine de sensaciones encontradas, de experiencias angustiosas, nos sale siempre al encuentro el espíritu de la verdad, la acción eterna de la divinidad. Tierra, Infierno y Cielo, síntesis de la naturaleza todopoderosa cuyos secretos, cual moderno Prometeo, Fausto deseaba conquistar, son el «ropaje vivo de la divinidad», creados por el espíritu «en la silbante rueda del tiempo».

Las leyes de la naturaleza, el secreto del universo y de la vida se hallan en el corazón mismo del hombre. Sócrates ya había buscado la verdad en el interior de sí mismo.

«El Fausto» es también un «misterio», pleno de contenidos ocultistas. En los «misterios» de los pueblos antiguos, egipcios y griegos, el discípulo era introducido, a través de la intuición, en el conocimiento del alma humana, en las leyes de su desenvolvimiento y en los recursos para su salvación. El mito del martirio y de la muerte de Cristo, que la iglesia cristiana tejió en torno a la persona de Jesús de Nazareth, no es sino uno de los misterios más antiguos, ya dramatizado muchos siglos antes de Cristo en las ceremonias ocultistas de iniciación de Egipto y

Grecia, y también de la India, como un símbolo de la eterna empresa de salvación de la humanidad.

Dentro de esta misma línea, «El Fausto» es el símbolo de la determinación y del destino de la especie humana. Fausto no es una personalidad individual sino la representación del «tipo hombre», y las diversas etapas del drama son las vicisitudes de la naturaleza humana, como asimismo, sus figuras, las múltiples fuerzas, impulsos y hechos de conciencia del alma.

La figura central, el Doctor Fausto, logra, por medio del error y el sufrimiento, llegar a la verdad y por el abandono de su yo, egoísta e iluso, es conducido a la fuente de su propia vida, a la comprensión de sí mismo. El Doctor Fausto es la objetivación de la dignidad humana, de aquella chispa indestructible y divina que conduce al hombre con seguridad a través del pecado y del error, de todos los peligros creados por las fuerzas demoníacas, porque, «el hombre bueno, aun en sus impulsos más oscuros, tiene perfecta conciencia del justo camino».

Fausto es, además, el símbolo de la nostalgia del hombre por la divinidad, de su afán inextinguible por el conocimiento, fuerza motriz de todo progreso, de toda evolución y desarrollo. Para Fausto no existe la tranquilidad. El hombre fáustico avanza siempre y el héroe de Goethe exclama, al arrostrar el peligro que implica la compañía de Mefistófeles: «Si me echara a descansar perezosamente en la cama, dejaría inmediatamente de ser». Para Fausto sólo hay un motivo o razón de la existencia: la búsqueda de la verdad. Fausto es un buscador de Dios y un descubridor de la divinidad.

La eterna batalla del hombre es esta búsqueda y este encuentro de la divinidad, de la verdad; por eso es Fausto, como todo hombre activo, un luchador que combate al demonio, vale decir, al error y lo vence. La lucha entre Dios y Satán, entre la verdad y el error, se libra en las más recónditas regiones del alma humana, representadas en las diversas fases del drama. Ningún ser humano puede eludir esta lucha, pues de ella depende la sal-

vación del mundo. Y el mundo se salva en el hombre. No habría para el mundo salvación posible si el hombre, como individuo, no se dejara salvar, no fuera capaz de superar el error.

¿Cuál es la fuente originaria de esta salvación? Es el conocimiento de Dios en el hombre, el dominio de la razón y de la verdad. Todo esfuerzo, todo impulso íntimo, el error mismo, conducen al hombre al reino de la divinidad, de la verdad; pero el camino hacia ella pasa por el infierno. Los versos finales del poema nos revelan que la lucha de Fausto no fué en vano: «¡Sólo podemos salvar a quien lucha permanentemente!».

* * *

La historia de Fausto comienza en el cielo y termina en él. El comienzo y el final del drama atestiguan que nuestra vida se desarrolla en medio de sucesos que tienen como escenario, tanto el todo universal, el cosmos, como el reino íntimo de cada hombre individual. El curso del desarrollo de la vida humana conduce al hombre a través de todos los espacios del mundo, de todos los ámbitos de la tierra y del infierno. El hombre es, en el fondo, un ser divino que llega al conocimiento de Dios a través de la superación del error. Dios es el símbolo de la verdad; pero el camino de la verdad eterna conduce a través del error. El símbolo de éste es Mefistófeles, la fuerza demoníaca que vive en el fondo más oscuro de nuestra naturaleza.

Pero el espíritu divino no puede revelarse en el mundo, sin despertar inmediatamente a su polo opuesto: Mefistófeles, que es el lado negativo de la divinidad, su más enérgico enemigo y opositor. Si el espíritu divino es el Dios del Cielo, de las fuerzas nobles de la naturaleza humana, Mefistófeles es el Señor de la Tierra y del mundo de las apariencias.

Entre Dios y Mefistófeles, a quien le es dado de cuando en cuando conversar con Dios, se cierra una apuesta en la que se juega el alma de Fausto. Ambos conocen a Fausto y éste les co-

noce también, pues Dios y Mefistófeles son los dos polos de su propia naturaleza, las «dos almas» que anidan en su pecho.

El plan divino de desenvolvimiento de la humanidad consulta la presencia de Mefistófeles durante el paso del hombre sobre la tierra, como un factor necesario para la salvación.

Dios ha dotado al hombre de una chispa divina sobre la cual no tiene Mefistófeles poder alguno. De la doble naturaleza humana, la parte más noble pertenece a Dios; la más baja, a Mefistófeles. En Fausto, ambos aspectos se hallan fuertemente marcados. Mefistófeles sólo ve el lado innoble de Fausto y en ello estriba su confianza en el triunfo.

«¿Queréis apostar?—le dice a Dios—. Lo perderéis si me permitís conducirlo por mi camino».

Fausto queda entregado así al poder de Satanás, a quien le está permitido emplear contra él todas sus malas artes. Cielo, tierra e infierno serán puestos en actividad para ganar el alma de Fausto. Tanto las buenas como las malas cualidades de Fausto se transforman en puntos de ataque de las fuerzas satánicas, cuya meta es la extinción de la chispa divina que alumbra en el alma de Fausto.

Comienza una épica lucha por el alma de Fausto. Pero el demonio comete un error: empuja a Fausto, precisamente, por el camino que lo conducirá a su fuente originaria. Fausto, en verdad, jamás buscó a Mefistófeles, sino a Dios, por medio de la filosofía, la ciencia, la religión y hasta la magia. Lo buscó, incluso cuando se hallaba atado a Satanás por un pacto de sangre.

* * *

Tomemos más estrecho conocimiento con Fausto. El propio Mefistófeles reconoce que su víctima es un hombre inquieto, anheloso de conocimientos superiores. En todo hombre existe la posibilidad del superhombre, de la realización de lo divino en el hombre, y Dios mira con simpatía esta legítima ambición hu-

mana cuando dice de Fausto: «Aun cuando él me sirve, por el momento, equivocadamente, pronto lo conduciré hacia la claridad. El jardinero sabe que el árbol pequeño que recién echa sus primeros brotes, producirá flores y frutos en los próximos años».

Esta seguridad divina es el mejor escudo del hombre contra las fuerzas satánicas; tiene su asiento en el hombre mismo, es la confianza en sí mismo, la fe en sí mismo. El hombre que no tiene fe en sus propias fuerzas, nunca logrará nada. Con esta garantía podía ser Fausto entregado por algún tiempo a la influencia de Mefistófeles.

Observemos a Fausto en su estudio, rodeado de un mundo de papeles. Conocedor de todas las ciencias de su época, llega, sin embargo, a la conclusión de que nada ha avanzado. «¡Aquí me hallo—dice—como un pobre necio, sin saber más que antes!». «Sólo sé que nada sé», había dicho Sócrates muchos siglos antes.

Lo que Fausto buscaba, la esencia misma de la vida y del mundo, lo que sostiene íntimamente al universo, no podía encontrarlo en los libros. Le faltaba la luz interior y se aferraba demasiado al mundo exterior del conocimiento. Pero, como le ocurre a todo genio, la inutilidad de la búsqueda no le impedía seguir investigando, y como la ciencia no le daba solución a sus inquietantes preguntas, intentó otros caminos: «Por eso me dediqué a la magia—reclama—para ver si por la fuerza de los espíritus y de las palabras podría serme revelado más de algún secreto».

No es simple curiosidad científica lo que impulsa a Fausto, sino el deseo de conocer lo que debe enseñar a los hombres a fin de no conducir a sus discípulos «de las narices», con palabras vacías. Los largos años pasados en su covacha, en la «maldita cueva de ratones» de su estudio, no han aminorado el fuego de su alma y siente la nostalgia de la naturaleza «pura y fuerte».

Ensayó la magia, pero fracasa una vez más, pues, «aun cuando bajaran los ángeles del cielo y revelaran secretos a los hombres», éstos no les creerían, porque lo que viene de fuera no

es conocimiento. El verdadero conocimiento sólo se alcanza cuando el propio espíritu descubre la verdad. «Conócete a ti mismo», es el principio de la sabiduría verdadera. El error de Fausto consistía en buscar la verdad en la ciencia o en la esfera de los espíritus. Ello le deparó hermosos y grandiosos descubrimientos, pero el conocimiento real seguía siéndole vedado. Por eso exclamaba: «¿Dónde puedo comprenderte, naturaleza infinita? ¿Dónde está la fuente de todo lo vivo, de la cual penden el cielo y la tierra?».

Mientras el hombre no haya encontrado la divinidad en sí mismo y la busque fuera de sí; mientras no se reconozca como integrante de la unidad del todo, no estará maduro para penetrar en el mundo de lo suprasensible. El hombre está, con respecto al todo universal, en la misma relación que la gota de agua con el mar, que el grano de arena con el desierto, que la hoja con el bosque, aun cuando son de la misma naturaleza. La diferencia no es de cualidad sino de cantidad, pues el grado de desarrollo de un ser se mide según la cantidad que dicho ser sea capaz de mostrar del espíritu del todo que vive en su interior. Todos los seres de la naturaleza poseen la misma esencia, pues en todos ellos alienta la naturaleza divina, sean dioses o ángeles, espíritus u hombres, animales, minerales o plantas. Sólo se diferencian en su capacidad de revelar la esencia divina.

El egoísmo debilita en el espíritu del hombre la llama del espíritu divino. Fausto adquiere conciencia de su pequeñez, de que existe algo superior a lo meramente individual, de que hay algo permanente en lo percedero y de que al conocimiento de ello sólo puede llegarse con la ayuda de la luz divina que alumbra en el interior de cada hombre. Y es esa chispa divina la que impulsa al hombre a la acción, a cumplir esa tarea que Fausto expresa con estas palabras: «¡Lo que has heredado de tus padres, conquístalo para poseerlo!».

No se encuentra la verdad, no puede forzarse a lo divino a revelarse a los mortales por medio de plegarias, mucho menos

por exorcismos o prácticas mágicas. El hombre sólo puede elevarse a un grado superior por el sacrificio del egoísmo y de la vanidad y, sobre todo, por la voluntad de entregarse al servicio de la humanidad. Fausto debía aprender que el camino de la divinidad conduce a través de la humanidad, vale decir, a través del sufrimiento. Cuando Margarita va a ser condenada por su culpa, al final de la primera parte del drama, exclama Fausto: «¡Siento en mí todo el dolor de la humanidad!», y estas palabras señalan el momento crítico de su evolución espiritual, el comienzo del verdadero conocimiento. Fausto ha llegado así al umbral de su regeneración, de su «humanización»; está, por fin, en el camino de la divinidad, de la verdad, aun cuando tiene todavía mucho que andar.

* * *

Fausto se sume en un cúmulo de amargos, pero a la vez grandiosos pensamientos. Su ayudante Wagner, el prototipo de la sabiduría libresca, de la pedantería académica, lo hace bajar a la realidad: «¡Perdonad—le dice—os oigo declamar! ¿Estábais leyendo tal vez una tragedia griega?». Efectivamente, Fausto declamaba, pronunciaba grandes palabras sobre cosas elevadas que aun era incapaz de comprender. Cuando la divinidad se manifiesta en el hombre no viene acompañada de trompetas y tambores. El espíritu divino no prospera en un alma intranquila y bulliciosa. La verdad requiere de un ambiente sereno. El hombre que ha sufrido mucho guarda silencio, pues sólo por medio del sufrimiento adquiere el hombre serenidad y sabiduría.

Fausto se transforma, de un hombre de grandes palabras en un hombre de grandes acciones, de tal manera que al final de su vida pudo exclamar: «¡La huella de mis días sobre la tierra no podrá perderse en la eternidad!».

Su ayudante Wagner, en cambio, es el tipo del pedante, del

sabio universitario; es el pergamino seco y polvoriento, el ratón de biblioteca, el hombre intelectualizado que vive en un mundo de apariencias y que observa el mundo real a través de un anteojos de larga vista; es el que rumia lo que antes que él pensaron o descubrieron otros y está, sin embargo, orgulloso de su saber. En él se ha apagado la chispa divina, mientras ha engordado su intelecto; es el hombre que hace morir de hambre su corazón mientras «con mano ambiciosa cava buscando tesoros y se alegra si encuentra una lombriz».

Fausto, aun cuando es el hombre que más sabe en su tiempo, confiesa que nadie sabe, porque le repugna ahora el saber terrenal, las futilerías y banalidades de este mundo y se siente animado por un ardiente amor a la verdad. Busca satisfacción, no en los libros, sino «en su propia alma» y su afán «se orienta hacia las estrellas». Pero, a pesar de todo, se siente desesperado, conurbado, desilusionado; ve la inutilidad de sus esfuerzos para descubrir la fuente del ser, tiene conciencia de las limitaciones de su inteligencia. La vida pierde valor para él y decide terminar. No siente temor ante la muerte: «¡Un carro de fuego flota con suaves ondulaciones acercándose a mí!—exclama—. Estoy preparado para cruzar el éter sobre una nueva senda, hacia nuevas esferas de actividad pura!».

No es, en realidad, tedio de la vida lo que invade a Fausto, sino más bien, nostalgia de una vida superior. Está decidido a «romper las puertas delante de las cuales todos prefieren deslizarse silenciosamente»; correr el riesgo de «caer en la nada» a trueque de conquistar la verdad. Pero la verdad no se halla después de la muerte, sino aquí sobre la tierra y el medio para llegar a ella es la actividad constante por motivos puros y elevados, a través del desarrollo de nuestras fuerzas nobles y la superación de las innobles.

La vigorosa voluntad de Fausto mantiene viva en él la fuerza de lo noble, lo divino en él y la mano de Dios impide el suicidio. Resuenan las campanas de Pascua y el sol se eleva en el fir-

mamento. Los recuerdos de su juventud se agolpan en su alma y su desesperación desaparece: «¡Las lágrimas corren, la tierra me tiene otra vez!», exclama regocijado.

* * *

El paseo de Pascua nos muestra nuevamente a un Fausto sereno; la tempestad de la noche anterior ha pasado, pero la veneración de la muchedumbre que le sale al encuentro le arroja otra vez en amargas reflexiones. ¡Nadie se percata de lo que le hace falta, nadie le comprende ni puede ayudarle! Incluso, la propia belleza de la naturaleza le parece «un hermoso sueño». «Dos almas viven en mi pecho—le dice a Wagner—. La una quiere separarse de la otra; la una se aferra al mundo en grosero placer amoroso; la otra se eleva vigorosamente por encima de la obscuridad hacia los espíritus superiores. ¡Oh, si hay espíritus en el aire que viven entre el cielo y la tierra, que bajen de su morada de oro y me conduzcan hacia una vida nueva y plena!».

Wagner le previene: «No llaméis a la conocida banda que se esparce torrentosa por la atmósfera y que significa miles de peligros para el hombre. Ellos (se refiere a los espíritus malignos) escuchan con placer y se preparan gustosos para el mal; obedecen con alegría porque les place engañarnos y hacen como que fueran enviados del cielo!».

Pero la inteligencia de Fausto se halla demasiado conturbada y el acuerdo posterior con Mefistófeles resulta así una cosa natural. Es fácil hacer venir al demonio, pero muy difícil librarse de él y Fausto lo lleva, sin saberlo, a su casa en la forma de un perro que le sigue.

De vuelta en su pieza de trabajo emprende la traducción del Evangelio de San Juan, pero la presencia del perro diabólico le impide encontrar las palabras justas; de ahí que traduzca la palabra «logos» por «Tat», acción. «Im Anfag war die Tat», «en el comienzo era la acción». El Evangelio dice que antes de la

acción existió la palabra creadora: «en el comienzo era el verbo», y antes de la palabra creadora existió la idea. Fausto tiene, desde ahora, por la compañía de Mefistófeles, pocas probabilidades de llegar al conocimiento de la verdad.

Fausto, que buscaba a Dios, encontró al demonio. Y así tenía que suceder, pues antes que la divinidad erija su trono en el espíritu del hombre, debe ser superado el demonio. Mefistófeles, de acuerdo con la apuesta que había cerrado en el cielo, comienza la lucha por el alma de Fausto. Lo primero que hace es sumir a Fausto en un profundo sueño, esto es, hace dormir su conciencia y la llena de fantasías.

La alianza de Fausto con Mefistófeles debe ser considerada como un acto de desesperación del primero ante la bancarrota de su vida. Sin embargo, aun cuando Fausto maldice los bienes de la vida, los ideales y los más altos valores, no todo está destruido en su mundo interior. Siempre hay una luz que le señala la senda de un mundo nuevo de bien y de belleza. Por eso Mefistófeles se apresura a ofrecerle sus servicios, y Fausto que sabe que el demonio nada hace gratuitamente, le pregunta: «¿Qué debo concederte en cambio?». Mefistófeles pone sus condiciones: «Yo me comprometo a servirte, a no descansar ante el menor gesto tuyo, siempre que nos encontremos al otro lado, donde tú harás lo mismo conmigo». «Te daré lo que ningún hombre ha visto hasta ahora». La alianza entre Mefistófeles y Fausto descansa sobre condiciones de reciprocidad, pero la naturaleza superior de Fausto se revela y exclama: «¿Qué quieres dar tú, pobre diablo? ¿Fué alguna vez el espíritu del hombre, en su noble esfuerzo, dominado por alguien de tu calaña?».

Fausto sabe lo que puede esperar de Mefistófeles y no le teme: «Si me echara perezosamente sobre una cama, dejaría inmediatamente de ser». «Puedes mentirme con halagos; puedes tratar de engañarme, aunque éste sea para mí el último día! ¡Acepto la apuesta!».

Lo que mueve a Fausto es el deseo, la decidida voluntad de

vivir como un hombre verdadero entre los hombres, para adquirir la experiencia de toda la humanidad y ampliar su propia vida anterior.

Cerrada la alianza, ambas partes se lanzan al mundo para cumplir, cada una a su manera, su tarea.

* * *

En la taberna de Auerbach hacen su primera estación. Fausto quiere conocer todo lo que impulsa a los hombres, sus penas y sus alegrías, pero la orgía que allí se desarrolla le deja indiferente; más aún, de allí se retira lleno de repugnancia. No hay nada mejor para conocer el carácter de un hombre que observar cómo se conduce en determinadas circunstancias y Fausto reveló aquí la nobleza de su alma.

Mefistófeles, ante este primer fracaso, le conduce entonces a la cueva de la Bruja, donde Fausto es sometido a un proceso de rejuvenecimiento. La escena en la cueva de la Bruja ha sido siempre el quebradero de cabeza de los comentadores de «El Fausto». Ella sólo puede ser interpretada en el espíritu en que Goethe la escribió, junto con la escena de la noche de Walpurgis, ambas llenas de contenidos ocultistas, lo que nos revela que Goethe era un profundo conocedor de las ciencias ocultas y del alquimismo. Es imposible crear la figura del Doctor Fausto por la simple fantasía poética. No debemos olvidar que la leyenda de Fausto se pierde en la noche de la Edad Media y que Goethe no hizo otra cosa que recogerla para darle un contenido filosófico y poético.

Fausto, dispuesto a llevar su aventura hasta sus últimas consecuencias, se somete a las manipulaciones de la bruja y sale de allí rejuvenecido y fuerte. En el espejo mágico pudo ver a una mujer hermosa y, el hombre que había estudiado todas las ciencias, había olvidado que en la tierra también hay mujeres. ¡Un mundo nuevo se alzaba ante sus ojos! Las pasiones de Faus-

to, aplastadas durante toda una vida, despiertan con fuerza arrolladora. Pero no importa, él quería «acumular en su pecho todo el dolor de la humanidad», y para ello tenía que entrar en el número de los pecadores...

* * *

Desde ese momento comienza el camino de Fausto sobre la tierra, expuesto a las pasiones y al pecado. Pero el verdadero amor le saldría al encuentro para redimirle. Margarita es el prototipo de la feminidad legítima, es la más alta expresión de la pureza, de la gracia y de la verdad por su espíritu de sacrificio, su confianza, su bondad y su amor sublimes. Es, además, el medio por el cual se manifiesta el lado perverso de la naturaleza de Fausto.

Una cuerda había hasta ahora permanecido muda en el alma de Fausto: la del amor. Por su inexperiencia, comienza con el grado más bajo del amor: el amor físico, que poco a poco va elevándose a estadios superiores.

Fausto es un hombre sin hipocresías ni artificios, actúa siempre impulsivamente y con sinceridad y apenas si tiene conciencia de los males que causa. En su amor por Margarita, no vacila en entregarla una pócima para su madre que le causa la muerte y en estrangular al hermano de su amada. En tales ocasiones es responsable sólo a medias y estas acciones hay que cargárselas a lado malo de su naturaleza, esto es, a Mefistófeles.

Margarita, cuya tranquila existencia ha sido destruída por el amor de Fausto, sucumbe ante el sufrimiento. Mefistófeles tranquiliza a Fausto diciéndole con crueldad satánica: «No es ella la primera». Efectivamente, no es Margarita la primera mujer que se pierde por haber entregado su confianza y su amor a un hombre que luego la abandona. Es la eterna tragedia de la mujer, pero un factor necesario para el desenvolvimiento de la humanidad, según nos lo enseña la segunda parte del drama en

la cual el amor de Margarita vence sobre las malas artes de Mefistófeles y el alma de Fausto se salva.

Entretanto, Fausto va pendiente abajo y se habitúa paulatinamente al mal. En la noche de Walpurgis participa en las diversiones de Mefistófeles, ya no es el hombre fino y delicado que vimos en la taberna de Auerbach y no trepida en bailar con las brujas como uno de sus iguales. Sin embargo, esta baja expansión no responde a una necesidad íntima de su espíritu, sino que es una manera de ahogar sus sufrimientos. Precisamente, en el estadio más bajo de su degradación se produce un cambio: la figura de Margarita, con los ojos cerrados por la muerte y una cicatriz roja en el cuello, pasa por delante de Fausto en medio de la orgía de las brujas, sobre la montaña en que éstas celebran su aquelarre. El remordimiento le sacude y huye. La conciencia de Fausto ha despertado; la parte noble de su naturaleza no había muerto; sólo estaba oculta por las fantasías de su naturaleza inferior: «Un hombre bueno, en sus impulsos más oscuros, es siempre consciente del buen camino», había dicho Dios a Mefistófeles al cerrar con él la apuesta.

La huída del aquelarre es su salvación. Desde ahora comienza la ascensión de Fausto hacia la luz divina, hacia la verdad y el poder de Mefistófeles empieza a disminuir. «¡No me muestres—le dice Fausto—los dientes voraces! ¡Me repugnas!»—«¿Para qué buscaste, entonces, mi compañía?»—responde Mefistófeles—«¿Fuí yo quien te obligué o fuistes tú quien me llamaste?».

El demonio tiene razón; él sólo acude cuando le llaman. ¿Cómo podía Fausto reprocharle algo si estaba constantemente solicitando su ayuda? Ahora tiene que conducirlo hasta la prisión de Margarita para tratar de salvarla, pues debe ser ejecutada a la mañana siguiente por el asesinato de su madre y de su hijo. Fausto, delante de la puerta de la prisión y ante el dolor de Margarita, que ha perdido la razón, exclama: «¡Siento un horror al que no estaba acostumbrado! ¡El sufrimiento de toda la humanidad hace presa en mí!».

¡Cuán diferente es, sin embargo, el sufrimiento real de su representación teórica en el cerebro de un filósofo! ¿Qué ha logrado Fausto con sus experiencias en los sentimientos humanos, con su afán por realizar en sí mismo las experiencias de los hombres? Solamente, conducir a Margarita, a quien amaba, a la perdición y a la muerte. ¡Ahora sabe lo que significa ser el corruptor de un ser humano!

El alma sencilla y pura de Margarita no puede soportar el peso de la culpa y del dolor; pero en ella brilla aún una chispa divina: tiene el sentimiento de que debe expiar su pecado sobre la tierra y rechaza la salvación que Fausto le ofrece. Debe culminar su sacrificio con el de su propia vida y esta heroica resignación la eleva por encima del pecado y del dolor, abriéndole el reino de la bienaventuranza, desde donde jubilosos ángeles exclaman: «¡Ella se ha salvado!».

Margarita nunca pudo soportar la presencia de Mefistófeles y al enfrentarse a la muerte se le aclara lo que siempre había sospechado: la alianza de Fausto con Mefistófeles. Por eso le grita, al rechazar su oferta de salvación: «¡Enrique, me causas horror!».

Mefistófeles, arrastrando a Fausto, creyéndole definitivamente suyo, exclama: «¡Ven conmigo!», mientras se oyen los desgarradores gritos de Margarita: «¡Enrique, Enrique!», que habrán de seguir resonando en los oídos de Fausto por el resto de su vida.

* * *

Fausto, cuya tarea vital era la búsqueda de la verdad, sólo había encontrado al demonio y, lo que es más, al demonio en su propia naturaleza. ¿Había sido su vida, tal vez, un fracaso? Seguramente no, pues el comienzo de toda verdad es el conocimiento del error, y ese era el fruto de la experiencia de Fausto: que la verdad eterna no se encuentra, ni por la ciencia, ni por la

magia, sino por la participación en la suerte misma de la humanidad.

Fausto, que buscó en primer término la satisfacción personal, su propia felicidad, sufrió un fracaso, pero adquirió el conocimiento de que la felicidad se escapa siempre de manos de quien la busca con ahinco.

Su vida entera se había movido, hasta ahora, en una dirección equivocada, falsa: la búsqueda de Dios fué el más grande error de su vida. Ella le atrajo la compañía del demonio. El demonio es la no-divinidad, la no-verdad, el engaño, la apariencia, la ilusión y sólo existe un camino para liberarse de él: la experiencia del sí mismo sobre la base del sufrimiento. Y Fausto conoció el dolor, y él lo acercó cada vez más a la humanidad, que es el único lazo de unión entre el individuo aislado y su conciencia superior.

La tarea futura de Fausto consiste en liberarse de Mefistófeles, en vencer el lado bajo de su naturaleza, y esto lo consigue en tanto se reconoce «cada vez más uno» con la humanidad.

La segunda parte del drama nos muestra «el camino hacia la claridad». El viaje por el Olimpo, durante la noche de Walpurgis clásica, nos devuelve a un Fausto remozado espiritualmente, resuelto a ponerse al servicio de la humanidad; un Fausto creador, y destructor de prejuicios. La gran preocupación de Fausto fué siempre la compañía de Mefistófeles. En su juventud, quiso ser un Dios; hoy, en el ocaso de su vida, en la sabiduría de su experiencia, se sentiría feliz si pudiera ser «un hombre verdadero»; sin la sociedad del demonio, pues entonces habría logrado la libertad absoluta. Al mirar hacia atrás cree que «sólo corrió a través del mundo», que miró por encima de las nubes en lugar de cumplir fielmente sus deberes sobre la tierra.

Sin embargo, espera serenamente la muerte, porque ha logrado elevarse por encima del egoísmo.

Mefistófeles había perdido la apuesta. Fausto, guiado por Margarita, el símbolo del amor eterno, iba al encuentro de su redención.